

CRONICA

Chile

POSIBLE EJEMPLO PARA HISPANOAMERICA

En el reciente viaje que realizó a España Hugo Trivelli, ministro de Agricultura de Chile, dijo que Chile estaba empeñado, en estos momentos, en una reforma agraria calificada por algunos de revolucionaria.

Efectivamente, bajo el mandato del presidente Frei se están llevando a cabo en el país hispanoamericano reformas importantes. Hay quien mira a Chile como a una cabeza de puente de lo que se puede y se debe hacer en toda la América del Sur. En lugar de las violentas reacciones, tan extremistas como ineficaces, que se dan en aquellas tierras sudamericanas, era preferible llegar al establecimiento de un programa como el de Chile.

El tributo inmediato a pagar por Frei y su gobierno es el de ser tachados de comunistas, pero esa es ya una débil acusación si los esfuerzos en beneficio del pueblo se materializan en algo más que palabras.

En Chile se están acometiendo obras de regadíos importantes, y la tierra que se prepara para el cultivo se pone en manos de los que nada tenían. Aunque con las excepciones y las limitaciones inevitables, en aquel país sudamericano se está haciendo realidad la vieja aspiración de que la tierra sea para el que la trabaja. Es, desde luego, un plan ambicioso, porque se está «vendiendo» tierra a los campesinos con facilidades de pago para veinticinco años.

Chile pretende crear cien mil nuevos propietarios en los próximos seis años. Hasta ahora hay unos 11.500 propietarios, fruto ya de la reforma agraria. El ingreso de estas familias antes de acometer la reforma agraria era de unos 300 dólares. Después de ella, ha pasado a ser de unos 1.500 dólares.

La administración del socialista Frei ha establecido también el salario mínimo en la cantidad de un dólar al día, por ocho horas de trabajo. Han conseguido la asistencia médica gratuita para los trabajadores afiliados, y el establecimiento de pensiones de invalidez y vejez.

En Chile, la población activa agrícola es del 27 por 100 sobre la población activa total. La población rural es del 30 por 100 sobre el total de los nueve millones de habitantes que tiene el país.

Los Comités de Campesinos son otro de los logros sociales del gobierno Frei, por que a través de ellos está consiguiendo formar un ver-

CRONICA

dadero movimiento cooperativo. Existen en el país unos dos mil comités campesinos, compuestos por unos 180.000 jefes de familia afiliados a ellos.

A pesar de las acusaciones, casi siempre de las familias poderosas que dominan gran parte de los países sudamericanos, Chile está llamado a ser una puerta de avance para los países más atrasados de su continente. En toda hispanoamérica falta una voluntad decidida de ayudar al pueblo y de repartir la riqueza en proporción al esfuerzo que se aporta en su creación. Chile aún dista mucho de ser un modelo en este sentido, pero es de los pocos países que se ha propuesto llegar a encontrar la justicia social por su verdadero camino: el del pueblo.

España

DEVALUACION Y AUSTERIDAD

Después de continuas negativas, de notas oficiales desmintiendo los rumores y de frases optimistas, el Gobierno español acometió la ingrata medida de devaluar la peseta. Inmediatamente después de anunciar esta medida, que se conoció de un día para otro, mil opiniones diferentes se levantaron en toda la geografía nacional.

A las razones aducidas por el Gobierno se añadieron las de cuantos veían en la devaluación un remedio necesario y urgente para nuestra economía. Pero, frente a ellos, fueron apareciendo voces discrepantes y molestas por la devaluación. El Gobierno quiso dar ejemplo de austeridad y acometió la tarea ardua de reducir gastos públicos. El impacto más inmediato en el pueblo fue la llamada reducción del número de «personalidades ministeriales».

Al finalizar el Consejo de Ministros celebrado en El Pardo en día 24 de noviembre pasado, Fraga Iribarne dijo que 1968 «sería un año de austeridad para todos». Como medidas inmediatas «oficiales», anunció la supresión de cinco Subsecretarías y 34 Direcciones Generales. Al conocer estas medidas, hubo quien se preguntó por qué se habían creado si no eran necesarias. Todo quedó aclarado cuando alguien dijo que, por una ley inexorable de la ciencia administrativa, cualquier oficina pública tiene una tendencia constante a crecer de volumen, aunque no tenga más trabajo.

Medida popular fue también la reducción en el número de los coches oficiales, que durante los últimos años se empleaban para mil fines distintos del verdadero servicio al Estado. Desde llevar a la señora a la peluquería hasta recoger a los hijos en la universidad, a la salida de clase, o llevar a toda la familia al cine. Si tales medidas se han llevado a cabo o no, aún falta por demostrar. Al hombre de la calle han llegado informaciones de la desaparición de personalidades ministeriales, pero también nuevos y constantes nombramientos para otros puestos. En el asunto de los coches, sí se ha notado una reducción en el número, pero muchos han quedado defraudados porque siguen viendo más de la cuenta por ahí, y porque no se ha llegado, por lo que parece, a una verdadera austeridad en su empleo.

Lo desagradable de las medidas económicas dictadas por el Gobierno se centró, sobre todo, en la congelación de precios y salarios. Lo de los precios le pareció bien a todo el mundo, porque se estaba echando de

menos una medida en este sentido, pero lo de los salarios defraudó a la mayoría. Se estaba acercando el fin de año, fecha en que se aumenta automáticamente el nivel de salarios en muchas empresas, para equipararlo al nivel de precios, y quedó cortada tal posibilidad con las medidas complementarias de la devaluación de la peseta.

Las cosas no se han puesto al rojo vivo en lo que respecta a la lucha de precios y salarios, porque se está cuidando demasiado en que no trascienda el desnivel que se produce entre ellos. Los sindicatos reaccionaron inmediatamente al conocer las medidas de austeridad, y trazaron un plan, pero que a todos nos pareció más de circunstancias que práctico. En ese mismo plan admitían ya la elevación de los precios en un 2,5 por 100 para este año, al tiempo que se mantenían en la norma oficial de no aumentar los salarios.

Cuando fueron anunciadas las medidas económicas, los trabajadores ultimaban la gestión de 238 convenios colectivos, que afectaban a 500.000 personas. En un principio se temió por su desarrollo, porque corrían el riesgo de seguir el camino de todos los que aún no se habían suscrito. Afortunadamente se admitió la renovación de los convenios vencidos, cuya iniciación se hubiese aprobado con anterioridad al 18 de noviembre de 1967.

Las medidas de austeridad, sin embargo, han paralizado otros mil convenios, que iban a beneficiar a más de un millón de trabajadores. A esto hay que añadir otros acuerdos menores que desde hace unos años regulaban las relaciones entre capital y trabajo en el seno de las empresas. Gran número de directores se han venido comprometiendo en estos últimos años a equiparar los ingresos de sus trabajadores al aumento de los precios. No suponía realmente un aumento del salario, pero sí era anualmente un paso necesario para volver a empezar de cero.

Este año, pues, no sólo dejarán de elevarse los salarios hasta el nivel que adquirieron los precios durante 1967, sino que, además, se quedarán donde están mientras el nivel de los precios continúa subiendo. En la primera quincena de enero los periódicos habían denunciado ya diversas subidas, indicadoras, por sí solas, de que se va a superar ese 2,5 por 100 aceptado por la Organización Sindical.

La verdad es que estas medidas de austeridad no han podido encontrar peor momento, psicológicamente hablando. Durante 1967, los salarios caminaban a un encuentro más real con la productividad de las empresas y con los precios establecidos. Diversos sectores industriales y de servicios iban fijando unas rentas salariales a «nivel europeo», aunque sin llegar a la meta.

Según los datos oficiales del Instituto Nacional de Estadística, el incremento medio por hora de trabajo llegó a ser en algún momento de 1967, concretamente en el primer trimestre, un 16,40 superior al año anterior. A pesar de las tremendas desigualdades en todos los niveles de empleo, y aun dentro de los mismos sectores y provincias, los trabajadores caminaban por una vía ascendente en cuanto se refiere a la participación en las ganancias de la empresa.

Desde que apareció la ley de 24 de abril de 1958, estableciendo el régimen de convenios colectivos, se habían firmado en España un total de 7.369, que afectaban a 2.677.679 empresas y 12.276.428 trabajadores (nótese el número tan reducido de trabajadores por empresa). El pasado año de 1967 se suscribieron 897 convenios, correspondientes a 292.027 empresas y 1.367.597 trabajadores.

Si bien es cierto que los convenios colectivos no son esa panacea

CRONICA

social que extermina todo el padecimiento económico del trabajador español, si que han servido para fijar bases sólidas a muchas negociaciones. Y, sobre todo, para evitar abusos y diferencias extraordinarias entre tareas y actividades similares.

La elevación del salario mínimo a 96 pesetas fue también otro pequeño, pero necesario, paso hacia la justicia social. Sabido es que apenas tiene repercusión directa en las percepciones salariales el aumento de este salario mínimo, pero sirve para que los patronos aprecien, en muchos casos, la necesidad de realizar una subida en toda la escala laboral de sus empresas. El salario mínimo afecta al peonaje fundamentalmente, pero repercute favorablemente en otras categorías, que inmediatamente se consideran con derecho a mantener la diferencia salarial con esta categoría profesional.

EL INQUIETO MUNDO DEL TRABAJO

Sensible como nadie a las medidas sociales implantadas, el mundo del trabajo, representado sobre todo en sus dirigentes sindicales verticalistas y los llamados de «comisiones obreras», muestra su inquietud constantemente. Los que vivimos de la información sabemos el trabajo intensivo a que están sometidas las Magistraturas correspondientes y la sala de lo social del Supremo. Los problemas derivados de las relaciones laborales suponen un volumen informativo diario de gran consideración.

Los motivos de inquietud de los trabajadores tienen una serie de explicaciones que en casi nada coinciden con la tan simplista de estar movidos por agitadores «profesionales». En la década del 60, el mundo del trabajo ha ido adquiriendo un desarrollo bastante completo en toda su estructura. Desde el mismo sindicato oficial han aparecido nuevas ideas e inquietudes, que le han llevado a comprender y pedir la necesidad de una nueva Ley Sindical. Los grupos de trabajadores no adictos a la ideología verticalista han tenido en los años 60 su expresión más clara. Posiblemente ese «contraste de pareceres» de la Ley Orgánica sea la salida única y esperanzada de los que no ven satisfechos sus anhelos en la Organización Sindical.

A este respecto nada se puede decir, sin embargo, hasta que no se publique lo tan esperado, y tan retrasada, nueva Ley Sindical. De ella depende toda la futura estructura del mundo laboral español. Mientras no se conozca esta ley, todo queda en el terreno de la especulación, desde la posibilidad de un sindicalismo diversificado, con una cabeza común coordinada por el Estado, hasta la señalización de bloques compactos independientes, también coordinados de alguna manera en la cumbre.

El caso es que, salvo las tendencias más extremistas de los líderes obreros que actúan fuera del cauce sindicalista oficial, nadie cree en la posibilidad de un sindicato horizontal. Por si existían esperanzas excesivas en este sentido, el mismo Solís tuvo que decir en una reunión de los secretarios técnicos sindicales, celebrada el 20 de diciembre último, que «se ha logrado en España un sindicalismo unido y no dejaremos que nadie trate de dividirlo».

No es extraño, sin embargo, que los trabajadores pretendan aumentar su reducida participación en la vida social y económica del país. Las fuerzas laborales han supuesto a España en los últimos años un apoyo considerable desde cualquier punto de vista. Sobre ellos ha descansado

con frecuencia el peso de las medidas económico-sociales y el sostenimiento de nuestra balanza comercial.

Según datos oficiales recogidos directamente del Director General del Instituto Español de Emigración, el año 1966, últimas cifras que se conocen, nuestros trabajadores en el extranjero enviaron a sus familias cuatrocientos ochenta millones de dólares. Los emigrantes han supuesto un alivio para la economía española en su interior, un esfuerzo en su exterior por el envío de divisas. Los trabajadores tienen conciencia de este punto y quieren anular la consideración de hermanos menores de la sociedad española que hasta ahora tenían.

La inquietud se manifiesta, además, en esos dos millones de españoles, en su mayor parte trabajadores, que han cambiado de residencia en los últimos cuatro años, y en esos 4.225.000 trabajadores de más de cuarenta y cinco años que encuentran cada día más dificultades para colocarse.

ESPAÑA Y EL MERCADO COMUN

Desde un plano distinto que Inglaterra, España también está recibiendo negativas sistemáticas a su petición de entrada en el Mercado Común. A pesar de las visiones optimistas de la prensa oficial, y de las declaraciones no menos optimistas de personalidades del Gobierno, o allegadas a él, España continúa a la puerta del M. C., y parece que ni siquiera la han invitado a pasar a la antesala.

En una reunión convocada recientemente en Madrid por la Asociación para el Progreso de la Dirección, se puso de manifiesto tanto el mal camino emprendido por España en las negociaciones como la agría respuesta de los miembros del M. C. Fuentes Irurozquí, Vicesecretario de Ordenación Económica, dijo en esta reunión que desde febrero de 1962 nuestro país había esperado el acceso a la mesa de negociaciones, y que el hecho de conseguir este paso era un indudable éxito político, pero convenía saber si le iba a seguir un éxito económico.

López de la Torre, periodista, participante también en la citada reunión, dijo que era absurdo querer concretar ahora nuestra integración definitiva en el M.C. si ésta no se va a dar hasta dentro de una decena de años.

Por su parte, el conocido economista Manuel Funes Robert escribió una pequeña colaboración que tuvo gran difusión en la prensa nacional, titulada «Breve análisis de un mal comienzo». En ella venía a decir: «no podemos hablar de asociación, ni de paso automático de una fase a otra, ni de duración fija de la primera etapa, ni de los productos agrícolas». Una versión distinta, como se ve, de la que nos ofrecieron muchos periódicos al recoger la oficial.

De ahí que España incomprensiblemente para el pueblo, se haya vuelto hacia el Este. De ahí que Castiella tenga entre sus proyectos, posiblemente, algún apretón de manos con países considerados hasta ahora aquí como verdaderos «cocos». La rotunda negativa del M. C. a negociar sobre nuestros productos agrícolas espolea el interés por llegar a un acuerdo con otros posibles compradores. Esos posibles compradores, en buen número, están detrás del llamado telón de acero y parece necesario acudir a ellos para salvar nuestra economía. Por eso, y en virtud de las extrañas leyes comerciales, es posible que las naranjas consigan lo que no pudieron con-

CRONICA

seguir años y consejos de otros muchos países: la apertura de negociaciones diplomáticas entre España y los países del Este.

En uno u otro sentido, lo cierto es que España tiene que buscarse un mercado para sus productos agrícolas, base de nuestra economía de exportación. Los síntomas alarmantes de factores negativos dentro del campo agrícola se han puesto de manifiesto para los técnicos al finalizar 1966. En ese año se produjo algo incomprensible para un español: era la primera vez que las mercancías alimenticias importadas superaban a las exportadas. Si a este signo contrario añadimos ahora la competencia de otros países en productos agrícolas que hasta ahora sólo España lanzaba a los mercados extranjeros, la necesidad de abrir nuevos mercados se hace más urgente.

Inglaterra

DE GRAN POTENCIA A PAIS CON PROBLEMAS

En nuestra crónica anterior decíamos que Harold Wilson era de los pocos ingleses que no creían en la devaluación de la libra. Efectivamente, no participaba externamente del pesimismo general que reinaba en Gran Bretaña desde que los laboristas subieron al poder. El caso es que, creyese o no en la devaluación, él precisamente ha sido el que ha tenido que anunciar al país la medida, ofrecida, eso sí, como remedio absoluto de todos los males que sufría la economía inglesa.

El paso ha tenido que darlo el primer ministro británico a pesar de todos los parches que le había ido poniendo a la afectada economía de su país. Ni la elevación del tipo de interés al 6,5 por 100, ni los refuerzos y los ánimos ofrecidos al Banco de Inglaterra por los otros Bancos centrales fueron suficientes remedios para curar a la libra enferma. Los laboristas se han visto obligados a tomar esta medida, pero en realidad han heredado el mal de sus predecesores en el Gobierno, los conservadores. Algo así esperaban los que en el año 1964, finalizando ya el mandato de los conservadores, se alarmaron con los 800 millones de libras esterlinas de déficit en la balanza de pagos.

Inglaterra está pagando ahora el mismo tributo que pagaron en el pasado todos los países europeos que fueron colonialistas. El imperio económico montado por Inglaterra a través de la Commonwealth ya ha dejado de serlo y ahora la isla mimada de Europa tiene que obtener de sus mismas entrañas y de su mismo esfuerzo la riqueza y el equilibrio económico. Aprovechando la impopularidad de las medidas adoptadas por Wilson, los conservadores, para hacer el consabido juego de partidos, le han acusado de despilfarrador y mal negociador. Pero ellos mismos bien saben que no han sido los laboristas ni la posible mala gestión de su primer ministro, los causantes del crítico momento planteado al producirse la devaluación. La medida se hubiera tenido que adoptar igualmente aunque hubieran estado en el poder los conservadores. Afortunadamente no lo están y podrán emplear siempre este ejemplo como arma de lucha contra el laborismo.

En cualquier caso, no ha tenido Wilson demasiada buena suerte en su etapa de dirigente. Contra lo que se podía esperar de él, se ha convertido en un pequeño enemigo personal del laborismo, el partido obrero

que le ha llevado y que le sostiene en el poder. La fiereza de sus primeras declaraciones recién elegido primer ministro, sobre todo en lo referente a nacionalizaciones, muchas de las cuales se han quedado en palabras, se fue moderando al verse obligado, sucesivamente, a congelar los salarios, encauzar y limitar el derecho de huelga, predicar cierta estabilización y firmar algunas medidas económicas, necesarias, que llevaban implícito determinado paro obrero.

La reducción del valor de la libra en un 14,3 por 100 y la elevación del 6,5 al 8 por 100 del interés bancario, fueron dos aldabonazos desagradables para el pueblo británico. Algunos periódicos empezaron a decir por aquel entonces que Inglaterra estaba empezando a olvidar para siempre su glorioso pasado como imperio colonial. Los problemas que tenía en su propia casa eran tal vulgares y tan naturales como los de cualquier otro pequeño país de su antiguo círculo colonial.

CONSECUENCIAS

Como consecuencia de la inmediata devaluación de la libra, el Banco de Inglaterra tuvo una reducción a la mitad de sus reservas de oro y dólares. A los ingleses les sentó mal y mister Wilson tuvo que dar explicaciones en la BBC, de radio y televisión, y conceder aún alguna amable y concienzuda respuesta a más de un periodista impaciente.

Los ingleses se encontraban desde ese día con una elevación del 14,3 por 100 en todos los productos que venían del extranjero, que son tantos. Desde el mineral de hierro para saciar la capacidad industrial del país, hasta la carne de vaca argentina, pasando por la harina para hacer pan, importada en un 30 por 100 de sus necesidades del poderoso país del dólar. Y por si fuera poco lo anterior, también el petróleo, alma invisible del transporte público y privado, y de no pocos sectores industriales.

Pero es que, además, alguno de estos productos están representando para los británicos un verdadero aumento de precio por diversas razones, que no hay manera posible de evitarlo. Las consecuencias económicas sólo El cierre del canal de Suez y la inoportuna enemistad con los países árabes dificultan aún más las nada fáciles gestiones del transporte de mercancías y la importación de petróleo.

Y por si Wilson y su gobierno creían que aquí, o poco más allá, se terminaban sus problemas, los sindicatos se han apresurado a decir que no están dispuestos a soportar, una vez más, el peso de la estabilización. Lo peor de todo es que, a pesar de sus buenos deseos, serán precisamente los trabajadores los que carguen con la mayor parte de las consecuencias de la devaluación. En Inglaterra, como en todos los países del mundo, la cuerda siempre se rompe por la parte más débil y es esa parte la que siente antes que nadie cualquier pequeño cambio en la marcha del sistema económico.

Una vez más el paro aparece en escena y ahora más agudizado que nunca. En realidad, este año hubiera sido un mal año para Gran Bretaña aunque no se hubiera visto obligada al final de él a devaluar la libra. Mil novecientos sesenta y siete ha sido un año difícil para todas las economías europeas y ha tenido en el aumento del paro su representación más inmediata.

Las cifras de parados en Gran Bretaña han superado en algún momento los 600.000 trabajadores. Esta cantidad, importante ya, se espera que aumente a consecuencia de las últimas medidas económicas. El presente año va a tener también un signo de austeridad entre los ingleses.

CRONICA

Sólo para demostrar brevemente que el caso de Inglaterra no ha sido único, digamos que en Francia los parados han sumado a finales del pasado año la cifra de 400.000, que en los Estados Unidos alcanzaron los tres millones y medio, y que en Rusia llegaron a representar en algunos momentos el 3 por 100 de su población activa. En España, según datos oficiales un tanto recortados, el paro registrado alcanzó los 189.000 trabajadores y el estimado los 252.000.

La postura de los sindicatos británicos aún no ha sido espectacular, ni ha decidido, de momento, tomarse la justicia por su cuenta. Se han limitado a decir que no están dispuestos a cargar con las peores consecuencias. La advertencia, sin embargo, parece fuera de lugar, porque bien saben que no hay manera posible de evitarlo. Las consecuencias económicas sólo se pueden evitar en la base misma del sistema económico, pero nunca en los frutos de su esquema estructural. Aunque las medidas fueran socialmente adoptadas, la austeridad y la reducción proporcional de bienestar siempre sería más apreciada entre los débiles que entre los poderosos. Con esta clase de medidas, unos dejan de ganar y otros de satisfacer necesidades.

En caso de producirse alteraciones en el mundo laboral, una nueva sangría, y esta vez bien definida, sin adjetivos capitalistas, se presentará en la economía inglesa. El pasado año, la balanza comercial británica acusó la presencia de huelgas parciales y totales. Durante éste se espera que tales decisiones se repitan. La estabilización siempre supone una congelación de salarios, y a esto es a lo que no están dispuestos los sindicatos.

INGLATERRA Y EL MERCADO COMUN

Como solución definitiva a muchos de sus males, Inglaterra está llamando insistentemente a las puertas del Mercado Común Europeo. Sus pasados orgullos de isla mimada e independiente económicamente se le han pasado y ha comprendido que no puede vivir aislada. Centroeuropa es ahora uno de sus objetivos fundamentales en el aspecto económico, como en algún tiempo lo fue en el sentido puramente político.

El círculo de los Seis es una especie de club europeo donde Inglaterra quiere ser socio. Tardó en decidirse a solicitar su ingreso, pero cuando lo hizo creyó que su prestigio ancestral le apoyaría. No contó con el viejo general De Gaulle. La pugna olvidada en el aspecto político con su vecina Francia salió a flote en el terreno económico. De Gaulle ha dicho que no y se mantiene en sus trece.

Después de cada negativa, el Gobierno laborista de Wilson amenaza con represalias inmediatas, que luego se apresura a desmentir e interpretar como opiniones particulares concretadas en algún miembro impaciente del Gobierno. En un principio se creyó que la devaluación de la libra era un paso obligado para el ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea, pero después se ha terminado demostrando que precisamente la devaluación ha puesto de manifiesto la imposibilidad del ingreso.

Inglaterra no podría dar el paso a la Comunidad de los Seis sin graves concesiones económicas y alteraciones internas para los países miembros. El desarrollo que han alcanzado en el interior de la comunidad algunos sectores y sistemas de intercambio no podrían continuar su ritmo ascendente si se encuentran, de pronto, con un nuevo miembro enfermo. Los lazos económicos que Inglaterra mantiene con los Estados Unidos y sus allegados de las antiguas colonias son un peso considerable que obliga a

unos y a otros a desaconsejar o negar la entrada del viejo imperio colonial en el círculo de los Seis.

Ante las rotundas negativas de Francia, Inglaterra se decidió a llamar a las otras cinco puertas del M. C., pero con resultados negativos. Alguno de ellos exteriorizó su disgusto por la postura francesa y se mostró partidario del ingreso de la Gran Bretaña, pero todo ha quedado en palabras. Los observadores más imparciales reconocen que el apoyo a la candidatura británica sólo puede responder a motivos puramente sentimentales y que pasarán años antes de que se le dé paso a la comunidad de los Seis.

Los ingleses están bien seguros que su incorporación a la comunidad de los Seis supondría un cambio muy apreciable en su postura histórica hacia Europa. El desprecio olímpico que mostró durante tantos años a sus vecinos del continente, cuando tenía otros campos donde emplear a sus hombres y traer riqueza a su arca, se ha convertido ahora en sonrisas y amabilidades, porque sabe que sólo de ellos puede obtener los beneficios económicos que necesita.

DE CARA AL FUTURO

Las consecuencias de la devaluación, del período inevitable de estabilización y de la continuada negativa francesa a la entrada en el M. C. han presionado suficientemente sobre Wilson y su Gabinete para forzarles a tomar medidas urgentes. La economía inglesa está enferma, parecen haberse dicho, y hay que salvarla.

Para salvarla, Wilson ha anunciado una serie de medidas económicas que considera imprescindibles para sostener la convalecencia del enfermo. La más espectacular de todas se refiere a la drástica reducción del gasto público, que supone para Inglaterra el paso definitivo antes del abandono de sus aires de antigua potencia colonial. En lo sucesivo será un país más del continente y se retirará casi inmediatamente del Extremo Oriente y del Golfo Pérsico. Las fuerzas hay que concentrarlas en un punto y Gran Bretaña cree que ninguno mejor que su propia casa, aunque sea a costa de pérdida de prestigio y de territorios ancestralmente unidos a su desarrollo.

La reducción de sus gastos militares, que suponían anualmente unos 340.000 millones de pesetas, dará nueva fuerza a la operación «devaluación de la libra». Wilson se ha propuesto que le salgan bien las cosas después de la devaluación y no ha tenido inconveniente en enemistarse con algunos altos militares para llevar a cabo esta notable reducción. Con la retirada de tropas de Extremo Oriente, Inglaterra ahorrará unos 78.000 millones de pesetas, y con la no aplicación inmediata del previsto sistema de enseñanza obligatoria, otros 6.000 millones de pesetas.

Para 1971 estaba prevista la obligatoriedad de la enseñanza, pero Wilson ha retrasado dos años esta fecha. Como medida de tipo social destaca el aumento del coste de la asistencia médica. Cada vez que un inglés acuda a la farmacia tendrá que pagar unas 25 pesetas por cada medicamento. La cuota de la Seguridad Social se eleva en cinco pesetas semanales para los trabajadores y en doce para los patronos. El régimen de Seguridad Social, que amparaba por igual a todos los ciudadanos, y por esto era conocido y admirado en el mundo, pasa ahora a condicionarse a un sistema selectivo de prestaciones.

Eugenio ALONSO FEIJOO